

CAPÍTULO III. *De fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz, su compañero, de la santa provincia de Xalisco*



O SE HA DESCUBIERTO TIERRA, en toda esta Nueva España, que no hayan sido en ella los primeros maestros de doctrina, religiosos de la orden de los frailes menores; y la primera piedra del fundamento, el derramamiento de su sangre y el glorioso martirio, que por amor de Cristo nuestro señor padecieron con santo celo de servirle y agradarle en la conversión de los infieles en tierras incógnitas, ocultas y remotas. Uno de los dignos de perpetuo nombre y memoria en este género de virtud fue el varón de Dios fray Juan de Padilla, de la provincia del Andalucía; el cual vino a esta Nueva España con celo de la conversión de los naturales de ella, y en esta provincia del Santo Evangelio fue el primer guardián del convento de Tulantzinco; mas viendo que por esta comarca de Mexico ya por la gracia de Dios todos los indios sin alguna resistencia habían recibido la fe de nuestro salvador Jesucristo, con el ferviente deseo que tenía de la conversión de todos los infieles, se transfirió a la custodia de Mechoacan y Xalisco, que son fronteras de los chichimecas, indios bárbaros que entonces todavía eran infieles, donde siendo guardián de Tzapotlan pasó al descubrimiento de Cibola, seiscientas leguas la tierra adentro, hacia el norte, en compañía de su prelado superior que era el provincial de esta provincia del Santo Evangelio, fray Marcos de Niza, cuando el virrey, don Antonio de Mendoza envió un ejército de soldados a conquistar aquella tierra y por capitán general a Francisco Vázquez Coronado, hombre de ilustre sangre y de mucha cristiandad, de quien los religiosos recibieron toda caridad y buen tratamiento. Los religiosos eran cinco y entre ellos, después del provincial, los más conocidos, fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz; en particular fray Juan de Padilla estorbaba a los soldados muchos agravios y ofensas de Dios que (como gente libertada y licenciada) suelen cometer donde quiera que llegan; y en la conversión y doctrina de los infieles que hallaba por el camino, se ocupaba lo que la brevedad del tiempo le daba lugar; acabado aquel prolijo y penoso viaje en que tardaron más de dos años, viendo los españoles que no había por todo aquello minas de oro, ni de plata, por ser tierra de muy extendidos llanos, desembarazadas de sierras y sin puertos de mar para la contratación, se volvieron a Mexico y los tres religiosos con ellos; solos los dos siervos de Dios, fray Juan de Padilla y fray Juan de la Cruz, firmes y constantes en su buen propósito, con ánimo varonil se quedaron y permanecieron en su buen intento en la conversión de aquellos infieles, en un pueblo llamado Tiguex, y con ellos quedó un Andrés del Campo, portugués, y dos indios donados de Mechoacan.

Estuvieron estos religiosos en aquel pueblo algunos días, bien quistos y muy aceptos; y como a fray Juan de Padilla no se le quietase el espíritu con

el celo y deseo que traía consigo de hallar más indios, para traerlos al conocimiento y fe de Cristo nuestro señor, o por ventura de hallar lo que alcanzó, que fue morir por su divino amor y servicio, inquirió entre la gente de aquel pueblo si había otra más la tierra adentro Respondiéronle que sí, que andaría algunos días por pueblos de poca gente, mas pasada aquella caminaría tres lunas (que son tres meses de camino) por muy buena tierra y muy poblada de gente; holgó mucho el varón santo de oír esto, y queriéndolo ver por sus propios ojos se partió de allí con la compañía del portugués y donados, contra la voluntad de los indios de aquel pueblo que mucho lo amaban; quedó fray Juan de la Cruz solo, en confianza de la voluntad que le mostraban para enseñarlos en las cosas de nuestra santa fe y religión cristiana. El santo varón fray Juan de Padilla, apenas hubo salido de la comarca de aquellos indios que le hacían amistad cuando halló los enemigos que le habían de dar la muerte; y serían los contrarios de los otros que por haber recibido pacíficamente a los siervos de Dios y recibidos por padres espirituales y maestros de la fe que les predicaban la amistad que éstos tenían con sus discípulos, la quisieron mostrar en el maestro; el cual, como vio venir para sí aquellos bárbaros en orden de guerra con sus arcos y flechas, no queriendo que los compañeros peligrasen rogó al portugués que pues llevaba caballo, huyese de aquellos crueles matadores y salvase consigo a los dos donados que por ser indios ligeros le podrían seguir y escaparse, mientras aquellas bestias carniceras se ocupaban en su persona, a quien principalmente venían a buscar, y así se hizo; el siervo de Dios se hincó de rodillas y puesto en oración aguardó la furia de los bárbaros que ya venían cerca, encomendando su ánima al Señor, por cuyo amor y fe la ponía. Los crueles carniceros en un punto le cargaron de flechas y de esta manera murió asaeteado este bienaventurado; los donados, viéndose desamparados de su buen padre y caudillo, como ovejas sin pastor, determinaron de volverse a su patria Mechoacan donde nacieron; y porque la manera de su vuelta fue maravillosa y ellos muy virtuosos, haré de ellos segunda vez mención en este lugar; porque puesto que la hice arriba en otro libro, tratado de donados, no fue tan particular como se requería. Son estos dos hermanos que allí nombré, Lucas y Sebastián, naturales de la provincia de Mechoacan, y eran niños tiernos cuando los españoles y religiosos en ella entraron; y entendiendo sus padres que la gente española comía carne humana, se los quisieron ofrecer y sacrificar; mas los niños, huyendo de la muerte se escondieron hasta que manifiesto el engaño se descubrieron y se dieron a los religiosos; los cuales los criaron en buenas costumbres y les enseñaron de fundamento la fe cristiana. Imprimióse tan bien en ellos esta enseñanza que salieron en ella señalados y muy hábiles y virtuosos y ayudaron mucho a la conversión de los otros en esta nueva iglesia; su penitencia (aunque es casi natural en los indios) era muy voluntaria y gobernada por razón y discreción, y su habla y conversación como de muy perfectos religiosos. Predicaron muchos años a sus naturales convertidos y por convertir, y ganaron muchas almas a su criador. En esta entrada de Cibola acompañaron a pie y descalzos a los religiosos, y les

ayudaron mucho en la predicación de el Evangelio. Dieron la vuelta a la Nueva España milagrosamente; porque como la tierra es tan larga, llana y sin camino, no atinaban a volver. Y viéndose perdidos y rodeados de necesidad, que es madre de invenciones, ocurrióles a la imaginación una muy de devoción y santa; y fue que hicieron una cruz de maderos y con grande devoción propusieron de traerla consigo a cuestras, trocándose y remudándose a veces hasta llegar a puerto seguro, confiados que con tal compañía no se podrían perder; y así les valió y guió la cruz que cuando menos se cataron, se hallaron en Colhuacan, tierra de cristianos. En este camino también les acompañó un perro, como a Tobías otro, y les valió mucho para su sustento porque les cazaba liebres y conejos de que se mantuvieron todo aquel tiempo que duró su peregrinación; y como traían la santa cruz de Jesucristo con humildad, y vestidos con el hábito pobre de San Francisco, acertaron a entrar por puertas de cristianos, como el otro emperador Eraclio cuando con humildad metió por las de Jerusalén la santa y verdadera, en que murió el mismo maestro y señor Jesucristo; a diferencia de cuando con pompa y majestad quiso entrar dentro, que no pudo. Pasados algunos días, enfermó Sebastián y acabó santamente el curso de esta vida. Y piadosamente podemos creer que fue a gozar de Dios y que recibió en la gloria el premio de sus buenas obras y trabajos. Lucas perseveró con mucha constancia en la virtud; por lo cual fue muy estimado de todos, así españoles seglares y religiosos, como indios. Hizo muchas entradas y de mucho fruto y efecto entre la gente infiel, de cuyas manos lo libró el Señor; y al cabo murió de enfermedad andando en la conquista de los chichimecas de Zacatecas. Era tanta su virtud y tan ejemplar su vida que se trató entre los religiosos de hacerlo fraile profeso; y en efecto se hiciera si no fuera por no abrir la puerta para que otros indios pidieran también el hábito. Del siervo de Dios, fray Juan de la Cruz, no se supo otra cosa más de que quedó solo en aquel pueblo de Tiguex (como queda dicho) para enseñar a los indios las cosas de nuestra fe y vida cristiana, de que ellos holgaron mucho y en señal de regocijo lo tomaron en brazos y hicieron otras demostraciones de contento; entiéndese moriría mártir, porque nunca más se supo de él; y es de creer que con el buen espíritu que tenía iría en busca de infieles, para evangelizarles la palabra de Dios; pues en orden de esto estaba entre ellos y andaba fuera de la compañía de sus hermanos por hacer del rebaño y manada de Dios aquellos que no le conocían; y habiendo como hay, dos géneros de martirios como dice San Gregorio,¹ uno público que es el que se padece en el cuerpo, muriendo por la fe, y otro en el ánima y deseo de padecer por Cristo, así también (dice luego) podemos ser mártires aunque no haya hierro que mate, porque lo puede ser uno de deseo; el cual, aunque no consiga la excelente palma del de sangre, merecerá ante Dios la que gana por haberlo deseado y apetecido, y así le sucedería a este santo varón, si ya no es (como decimos) que murió mártir; lo cual sabe Dios, debajo de cuyo amparo y abrigo quedó encomendado. Era religioso muy observante y de aprobada vida, y por

¹ Supr. Evang. Tom. 35.

ello muy respetado de todos; tanto, que el capitán Francisco Vázquez Coronado tenía mandado a sus soldados que se destocasen cuando oyesen el nombre de fray Juan de la Cruz; grande certinidad de su mucho merecimiento y de que Dios le daría en su gloria el premio de los trabajos que por él padeció en la tierra.

CAPÍTULO IV. *De fray Bernardo Cosin y fray Juan de Tapia y otros religiosos que fueron martirizados*



ABIENDO PROBADO CON SUFICIENTE AUTORIDAD, de quien no lo podía ignorar que fray Bernardo Cosin no fue el primero que murió a manos de chichimecas, quise poner a fray Juan de Padilla, después de fray Juan Calero y de su guardián en el tercero lugar, porque sucedió su muerte casi en un mismo tiempo; y de fray Bernardo no he sabido de cierto el año en que murió, ni se tiene al presente otra noticia más de que era de nación francés y religioso celosísimo de la salvación de las almas; y se verifica bien, pues deseando convertirlas al conocimiento de su criador con ferviente espíritu, no dudó de meterse la tierra adentro entre los indios bárbaros, llamados chichimecas, hacia la serranía que nombran los españoles la Nueva Vizcaya adelante de las minas de los Zacatecas, llevando consigo algunos indios amigos y de paz que le acompañaron; pasó por aquella serranía con mucho trabajo y peligro, evangelizando el reino de Dios que es la obra a que vino Cristo, como dice el profeta Isaías,¹ y por San Lucas² las refiere de sí mismo el mismo Señor, diciendo: fui enviado al mundo a evangelizar a los pobres y a sanar los contritos y quebrantados de corazón, predicando a los cautivos (como en el mismo lugar dice Isaías) a aquellos que están aherrojados con grillos de pecados y anegados en las tinieblas de la ciega idolatría.³ Esto, pues, iba haciendo este celoso ministro de la honra de Dios, predicando como otro San Juan bautismo y penitencia a aquellos serranos que no sabían de uno ni de otro, ni sentían de Dios verdadero nada y conocían la deidad muy vil y bajamente, pues aun de aquello que reconocían por Dios no tenían casi estimación, ni reverencia. Sucedió que le encontraron ciertos indios bárbaros infieles, y enarcando sus arcos y tirando flechas para matarlo, las flechas se tornaban a los que las tiraban, sin llegarle al santo al hilo de la ropa; porque quería Dios que aquellos bárbaros que no entendían su majestad y grandeza por la palabra del Evangelio, que su siervo les andaba predicando, conociesen su poderío, por ejemplo manifiesto y claro retornándoles las flechas con la misma violencia y fuerza con que las enviaban; por como obstinados y pertinaces en su malicia, como otro Faraón, que tenía endurecido el corazón, por lo cual no hacía caso de las maravillas que Moisés obraba en su presencia

¹ Isai. 61.

² Luc. 4.

³ Math. 3.